EXPERIENCIAS DE «LA JUVENTUD DE LA FARANDULA»

Por **JOSE TORRELLA**
EUGENIO CABANES
MIGUEL JOSA

Sin pretender sentar cátedra, redactamos esta comunicación con el modesto propósito de aportar algunas de las experiencias recogidas en nuestro largo quehacer en el campo del teatro-espectáculo para niños, por si pueden ser de interés general. Experiencias que se nutren de aciertos y desaciertos y por esto nos parece que pueden tener un valor.

Las actividades de nuestro grupo comprenden no sólo la puesta en escena de obras, sino que arrancan muchas veces de la creación de los textos, a través de un concurso seleccionador. Pensar y escribir obras de teatro-espectáculo para niños estimamos que es tarea difícil. El autor se encuentra en el dilema de a qué aspecto debe dar preferencia: si a la diversión del niño, a su formación estética e intelectual, a un didactismo concreto, etcétera. Por nuestra parte, consideramos que lo fundamental es que la obra interese al niño y absorba su atención desde las primeras escenas; la necesidad de un contenido exento de inmoralidad es obvia, pero también deben evitarse la vulgaridad y el mal gusto; el fondo debe responder a un sentido ético y especialmente debe estar imbuido del personaje-héroe. La consecuencia formativa de la obra surgirá por añadidura. Teóricamente se ha hablado mucho acerca de la división del teatro para niños en determinadas edades; sería ideal, por descontado, que las obras estuvieran dirigidas a una determinada edad, para el logro de una mayor comprensión y adecuación a la mentalidad del niño espectador, pero en la práctica resulta muy difícil organizar espectáculos teatrales para niveles diversos de edad. Es muy probable que una obra realmente lograda sea aquella en que encuentre motivo de atracción el niño de distintas edades y hasta el adulto. Aunque contenga matices de diálogo o aspectos temáticos que el niño de poca edad se le escapen, si el tema globalmente le intriga o divierte, si el dibujo de los personajes le resulta inteligible, es ya un logro importante. Prueba de ello es el éxito alcanzado en públicos infantiles con obras que no fueron pensadas ni escritas para los niños.

Nuestro grupo ha operado en géneros y estilos muy dispares: fantasía, realismo, leyenda, ciencia ficción, comicidad, dramatismo, espectáculo musical, teatro clásico. Todo puede interesar al niño si reúne una serie de circunstancias difíciles de concretar y de codificar. Que Molière puede agradar a los niños es presumible, pero ¿y Calderón? Pues bien, nuestro grupo acaba de tener un éxito infantil con una adaptación –muy libre, eso sí– de una obra tan filosófica como *La vida es sueño.*

Los textos por sí solos no bastan. Los Jurados que han seleccionado mediante premio las obras para nuestro repertorio, a veces han sufrido equivocaciones. En primer lugar, porque a una mente adulta le es muy difícil descender al nivel

mental del niño (tanto el autor como el seleccionador), y en segundo lugar, porque el texto solo no es la obra-espectáculo; falta la puesta en escena, que puede elevarla al éxito o sumirla al fracaso. (Contamos en este sentido con la experiencia de un mismo texto puesto en escena a diversos años de distancia por directores, escenógrafos y actores distintos.)

En el teatro para niños es importantísimo, tanto como el texto, la puesta en escena, comprendiendo en este término todo lo que supone la representación de la obra: dirección, escenografía, vestuario, luminotecnia, música, interpretación... Un espectador adulto ante un texto de positivo valor dramático y ante situaciones teatrales buenas puede superar la pobreza de la escenificación e incluso las deficiencias de dirección y de interpretación. Imaginemos un espectador cultivado que no conociera a Shakespeare y se hallara ante un texto shakespeariano pobremente escenificado y discretamente interpretado; hemos de calcular que la fuerza del diálogo y de las situaciones se le impondría. Un adulto puede sentirse inmerso en el fenómeno teatral hasta por una simple lectura escenificada, o sin escenificar; el espectador niño, no. Su atención, su abstracción hacia lo que se desarrolla en el escenario puede verse distraída, rota, por cualquier incidencia o por la simple monotonía del juego escénico, del declamar de los intérpretes, etc. Es necesario que todos los elementos escénicos se conjuguen para acaparar la atención del niño, para que no haya posibilidad de que ésta se distraiga. El actor detecta fácilmente este fenómeno. La abstracción del niño es signo evidente de que la obra es seguida con creciente interés y que no se pierde detalle de lo que ocurre. Signos externos característicos son: silencio total en la sala, breves murmullos de aprobación por lo que el actor dice o hace, nerviosismo en las situaciones de suspense. Se llega, incluso, en situaciones cumbres, y según la escala de edades, a llorar o a sentir miedo sin motivo aparente, dirigirse en voz alta al actor, pretendiendo prevenirle de un peligro o aconsejarle lo que debe hacer. Ahora bien, son muy interesantes las intervenciones orales del niño cuando se producen espontáneamente y consideramos censurable que el autor las provoque mediante preguntas intencionadas, lo cual es un recurso demasiado fácil. En cambio estimamos lícita la intervención de actores desde la sala, cosa que siempre produce impacto en los espectadores infantiles.

Una vez resuelta la situación de suspense, la primera reacción del niño es la de aplaudir, y, como consecuencia postrera, su satisfacción a la salida del espectáculo.

Todas esas reacciones del niño-espectador no obedecen a normas fijas; dependen de una cantidad de factores, previsibles, unos, e imponderables, otros, que a la vez pueden variar en circunstancias, medios ambientales, niveles formativos, media de edades, etc., distintos. Así, por ejemplo, las situaciones cómicas, pensadas exclusivamente para conseguir la hilaridad del niño, y ensayadas cuidadosamente por director-actores con tal propósito, se da el caso de que no rindan igual efecto en representaciones diferentes, y viceversa, escenas que en los ensayos no han sido consideradas de relieve y han quedado un tanto descuidadas por parte de dirección y actores, a la hora de la representación consigan una reacción favorable totalmente imprevista.